

DOSSIER

**El Estado latinoamericano a discusión.
Desde el horizonte de las transformaciones
y las rupturas políticas**



La revolución como autoemancipación de los trabajadores*

Revolution as workers' self-emancipation

Michael Löwy

El artículo presenta una revisión de la teoría de la revolución en Karl Marx. Se divide en cuatro apartados. En primer lugar se analizan los primeros escritos de Marx sobre la revolución y se subraya la influencia decisiva que ejercieron los levantamientos de los trabajadores en la década de 1840 en su comprensión de la praxis revolucionaria. Posteriormente se señala que la autoemancipación de los trabajadores fue un principio fundacional de la Asociación Internacional de los Trabajadores y se recuperan aspectos clave del enriquecimiento de la concepción marxiana de la revolución resultantes de la Comuna de París de 1871. En tercer lugar se abordan los últimos escritos de Marx, donde consideró la posibilidad de la revolución y la transición al socialismo en Rusia. Por último, el artículo concluye con algunas reflexiones sobre la necesidad de que la teoría marxista de la revolución en el siglo XXI recupere críticamente las contribuciones precedentes e incorpore temas como la crisis ecológica para hacer frente a los desafíos del presente.

Palabras clave: revolución, praxis, autoemancipación, marxismo.

The article presents a review of the theory of revolution in Karl Marx. It is divided into four sections. First, it analyzes Marx's early writings on revolution and highlights the decisive influence of the workers' uprisings of the 1840s on his understanding of revolutionary praxis. Secondly, it points out that workers' self-emancipation was a founding principle of the International Workingmen's Association and recovers some key aspects of the enrichment of the Marxian conception of revolution resulting from the Paris Commune of 1871. The third section deals with Marx's last writings, where he considered the possibility of revolution and the transition to socialism in Russia. Finally, the article concludes with some reflections on the need for Marxist theory of revolution in the twenty-first century to critically recover the

* Una primera versión de este texto se publicó como Michael Löwy, "Revolution", en Marcello Musto (ed.) (2020, traducción: Cristóbal Reyes Núñez).

preceding contributions and incorporate issues such as the ecological crisis in order to face the challenges of the present.

Key words: revolution, praxis, self-emancipation, Marxism.

Fecha de recepción: 31 de marzo de 2022

Fecha de dictamen: 5 de abril de 2022

Fecha de aprobación: 7 de mayo de 2022

PRAXIS REVOLUCIONARIA: LOS PRIMEROS ESCRITOS

La palabra “revolución” fue usada tradicionalmente para describir el movimiento de los planetas alrededor de su eje, pero, a partir del siglo XVI, se convirtió en un concepto político que describía las agitaciones radicales del orden social y político, así como el derrocamiento de una clase o grupo dominante. Es en este sentido moderno que Karl Marx usó este concepto. Su principal referencia para pensar en las revoluciones fue la Revolución Francesa (1789-1794): un levantamiento popular masivo que transformó radicalmente las instituciones políticas y la estructura social de Francia y de Europa en general. Los análisis de Marx sobre los eventos revolucionarios siempre estuvieron vinculados con el concepto de lucha de clases. Se refirió a las guerras campesinas del siglo XVI en Alemania como una “revolución campesina”, a las revoluciones inglesa y francesa como “revoluciones burguesas”, y a la Comuna de París de 1871 como una “revolución proletaria”. Las revoluciones de 1848-1849 en Francia y Alemania fueron percibidas como una prolongada confrontación de clases entre la aristocracia monárquica, la burguesía liberal, la pequeña burguesía democrática y las masas proletarias.¹

La teoría de Marx sobre la revolución proletaria fue desarrollada desde sus primeros escritos (1843-1850), a partir de reflexiones dialécticas y críticas sobre la creciente experiencia de las luchas de la clase trabajadora en Europa en la década de 1840, así como de la bibliografía comunista existente. El primer documento en el que se sugiere la idea de una revolución proletaria es la “Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel” (1844), pero éste aún era un ensayo “hegeliano de izquierda” porque

¹ La mejor obra sobre Marx y la revolución sigue siendo la monumental serie de cinco volúmenes de Hal Draper (1914-1990) (vol. I, 1977; vol. II, 1978; vol. IV, 1990); Draper y Diamond (vol. III, 1986), y Draper y Haberkern (vol. V, 2005), escrita desde el punto de vista del “socialismo desde abajo” contra el “socialismo desde arriba”.

promovía la idea de que la revolución comienza “en el cerebro del filósofo”, generando un “rayo del pensamiento” que golpea a las masas proletarias, que son concebidas como la “base material” o el “elemento pasivo” de la emancipación humana (Marx, 1982a:502). Sólo después de escribir ese documento Marx estableció contacto directo con los círculos de trabajadores comunistas franceses y alemanes en París, con las luchas del movimiento obrero cartista en Inglaterra, y conoció mejor los escritos de Wilhelm Weitling (1808-1871), un obrero comunista alemán quien fue fundador de la Liga de los Justos (precursora de la Liga Comunista).

Un acontecimiento decisivo para las primeras reflexiones de Marx sobre la revolución fue el levantamiento de los tejedores de Silesia en junio de 1844, la primera rebelión proletaria de la historia de Alemania, que sólo pudo ser reprimida mediante la intervención del ejército prusiano. Bajo el modesto título “Glosas críticas al artículo ‘El rey de Prusia y la reforma social. Por un Prusiano’”, Marx publicó un texto polémico contra Arnold Ruge (1802-1880), quien celebraba la superioridad de las revoluciones sociales sobre las “meramente políticas”. Este artículo fue un punto de inflexión en la evolución filosófica y política del joven Marx. Se le puede considerar una ruptura con los presupuestos neohegelianos todavía presentes en sus primeros escritos comunistas de 1844. En la revuelta de Silesia descubrió “las excelentes dotes que para el socialismo revela el proletariado alemán”, sin que fuera necesario el “rayo del pensamiento” de los filósofos. Y, aún más importante, descubrió que el proletariado no era el “elemento pasivo” de la revolución, sino todo lo contrario: “solamente en el socialismo puede un pueblo filosófico encontrar su práctica adecuada y, por tanto, solamente en el proletariado puede encontrar el elemento activo de su liberación” (Marx, 1982b:517). En esta única frase podemos encontrar tres nuevos temas: 1) la filosofía y el pueblo ya no se presentan como dos términos separados, el primero de los cuales descende sobre el segundo como un rayo, sino que deben concebirse como “un pueblo filosófico”, lo que revela que esa oposición queda superada; 2) el socialismo ya no se presenta como pura teoría, una idea nacida en el cerebro de un filósofo, sino como *praxis*; y 3) el proletariado se convierte ahora claramente en el elemento *activo* de la emancipación.

Las conclusiones filosóficas más amplias de este nuevo enfoque fueron planteadas en las *Tesis sobre Feuerbach* (1845), unas pocas páginas de notas no destinadas a la publicación, pero que pueden considerarse, como escribió Friedrich Engels en 1888, “el germen genial de una nueva concepción del mundo” (1974:354). Esta nueva concepción del mundo, que se podría definir –utilizando la frase de Antonio Gramsci (1891-1937)– como una “filosofía de la praxis”, proporciona el fundamento teórico de la concepción de Marx sobre la revolución: la transformación de las condiciones sociales y la autotransformación de los individuos junto con el proceso de la praxis revolucionaria. El pasaje clave, desde esta perspectiva, es la Tesis III:

La doctrina materialista acerca de la transformación de las circunstancias y de la educación olvida que las circunstancias deben ser transformadas por los hombres y que el propio educador debe ser educado. Tiene por tanto que dividir a la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de ella. La coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o la autotransformación sólo puede ser captada y comprendida racionalmente como *praxis revolucionaria* (Marx, 2013:113).

La práctica revolucionaria cambia simultáneamente tanto las circunstancias materiales (es decir, las condiciones económicas, sociales o políticas) como a uno mismo, el sujeto de la acción (*Selbstveränderung*). Es, por tanto, la superación dialéctica (*Aufhebung*) de la antítesis entre el materialismo francés del siglo XVIII (y sus seguidores alemanes como Feuerbach) y los (idealistas) jóvenes hegelianos. Mientras que los primeros abogaban por cambiar las condiciones materiales principalmente, los segundos creían que cambiar la conciencia de las personas era una condición previa para el cambio social. Los primeros comunistas o socialistas, que a menudo eran materialistas, confiaban la tarea de cambiar las circunstancias a un individuo o a un grupo “elevado por encima de la sociedad”, a una élite de “ciudadanos virtuosos” o, en algunos casos, a un rey o emperador. En otras palabras, la noción de praxis revolucionaria es el fundamento teórico de la concepción marxista *radicalmente democrática* de la revolución como autoemancipación proletaria.

Poco después, esta idea fue desarrollada en *La ideología alemana* (1845-1846), un extenso manuscrito que Marx escribió con Engels, pero que luego abandonó, en palabras de Marx, “a la roedora crítica de los ratones” (Marx, 2011:6). En un pasaje decisivo, probablemente escrito por Marx (como la mayor parte del manuscrito), se retoma y desarrolla el argumento de la Tesis III sobre Feuerbach:

[...] tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la causa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que *derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases [...] En la *actividad revolucionaria*, el cambio de uno mismo coincide con el cambio de las circunstancias (Marx y Engels, 1974a:38).

En otras palabras, la revolución es necesaria no sólo para destruir el viejo sistema, sino también para que el proletariado pueda superar, mediante su propia acción práctica, sus barreras “internas”, cambiar su conciencia y ser capaz de crear una nueva

sociedad comunista. Para la teoría revolucionaria marxiana –en contraposición a la mayoría de las concepciones anteriores del cambio social, desde los jacobinos hasta François-Noël Babeuf (1760-1797), y desde Claude Henri de Saint Simon (1760-1825) hasta Robert Owen (1771-1858)– no puede haber un salvador supremo; la única emancipación posible del trabajo es la autoemancipación revolucionaria democrática.

Las ideas revolucionarias, para Marx, no se originaron en los escritos de los filósofos, sino en la experiencia de una clase, el proletariado –lo que no significa que individuos de otras clases no puedan unirse a la lucha por el comunismo. El proletariado, como se dice en *La ideología alemana*, es:

[...] una clase condenada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas, que se ve expulsada de la sociedad [...] una clase que forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista, conciencia que, naturalmente, puede llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en que se halla colocada ésta (1974a:37-38).

Esta teoría de la revolución como autoemancipación es una dimensión esencial de los escritos políticos de Marx de los años siguientes. Tomemos, por ejemplo, el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). Su definición del movimiento obrero revolucionario se opone claramente a cualquier vanguardismo “sustitutivo”:

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento autoconsciente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría (Marx y Engels, 1974b:121).

El enfrentamiento de Marx y Engels con los socialistas utópicos derivaba de esta creencia fundamental: estos últimos eran elogiados por sus ideas sobre una sociedad futura, pero criticados por su actitud hacia el proletariado, al que consideraban una clase sin “ninguna iniciativa histórica, [ni] ningún movimiento político propio”: “el proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece”. En consecuencia, “repudia[ba]n [...] toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria” por parte de la clase trabajadora (1974b:137).

Marx y Engels participaron en la revolución de 1848 en Alemania, pero se vieron obligados, en 1849, a exiliarse en Inglaterra.² Fue por tanto en Londres donde redactaron

² El mejor ensayo sobre la estrategia de Marx durante la revolución de 1848, es el del marxista español Claudín (1975).

un documento, el “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” (marzo de 1850), en el que intentaban extraer lecciones del movimiento revolucionario alemán. En ese momento, todavía creían que era posible un resurgimiento del movimiento revolucionario y contemplaban qué formas podría adoptar la lucha revolucionaria y autoemancipadora de la masa proletaria en Alemania. Según este mensaje, los proletarios deben establecer su propia autoridad, en oposición a las autoridades burguesas, formando consejos obreros: “Al lado del nuevo gobierno oficial, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros”.

Además, Marx y Engels creían que los trabajadores debían intentar armarse, “como una guardia proletaria, con jefes y un Estado Mayor Central elegidos por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del Gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros” (Marx y Engels, 1974d:185-186).

Este fue también el primer escrito en el que Marx y Engels plantearon la perspectiva estratégica de la revolución permanente y contemplaron cómo una revolución democrática en un Estado atrasado, semifeudal y absolutista (Alemania a mediados del siglo XIX) podría transformarse en una revolución proletaria:

[...] mientras que los pequeñoburgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda [...] nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado (1974d:183).

Como propuesta inmediata, el “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas” era, por supuesto, erróneo, puesto que la revolución ya había sido derrotada en Alemania. Sin embargo, en retrospectiva el documento aparece como una previsión casi profética de la Comuna de París de 1871, así como de la Revolución de Octubre en Rusia, en 1917.

LA REVOLUCIÓN COMO AUTOEMANCIPACIÓN: LA PRIMERA INTERNACIONAL Y LA COMUNA DE PARÍS

Las revoluciones europeas de 1848-1850 fueron derrotadas, pero tuvieron una especie de secuela peculiar en España. En junio de 1854, dos generales “liberales”, Leopoldo O’Donnell (1809-1867) y Joaquín Baldomero Fernández-Espartero (1793-1879), apoyados por las barricadas del pueblo, protagonizaron un levantamiento militar que

liberó a los presos políticos y prometió reformas. Dos años más tarde, en julio de 1856, O'Donnell, en complicidad con el rey español, tomó el poder en un golpe de Estado. La Asamblea Nacional burguesa capituló, y sólo los barrios obreros de Madrid lucharon, hasta que –tras varios días de desesperada guerra de guerrillas urbana– fueron aplastados por el ejército regular. Este episodio tuvo algunas similitudes con el levantamiento de junio de 1848 en París y Marx, en sus artículos sobre la revolución en España para el *New York Tribune*, concluyó que “los proletarios fueron traicionados y abandonados por la burguesía” y, por lo tanto, “las mismas divisiones en las filas del pueblo que existían en el resto de Europa Occidental” también existían en España (Marx y Engels, 1960:140).

La idea de la autoemancipación proletaria no sólo está presente en los primeros escritos de Marx, sino también en su obra posterior. Marx no participó en la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) en 1864, pero fue invitado a redactar algunos de sus documentos básicos. Así definió, en los “Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores”, el principio rector del movimiento: “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera” (Musto, 2014:265).³ En nombre de esta idea simple y fuerte de autoemancipación, Marx se opuso a todas las tendencias dentro de la AIT que buscaban crear sectas utópicas, dogmáticas o conspiratorias fuera del movimiento de los trabajadores. En “Las pretendidas escisiones en la Internacional” (1872), Marx y Engels insistieron en que “por naturaleza, las sectas formadas por estos iniciadores son abstencionistas, extrañas a todo movimiento real, a la política, a las huelgas, a las coaliciones; en una palabra, a todo movimiento de conjunto” del proletariado (Musto, 2014:288; Marx y Engels, 1974e:287).⁴

Desde el inicio de su exilio en Inglaterra, en 1849, Marx siguió con gran interés la evolución del movimiento obrero británico. Cada vez estaba más convencido de que Inglaterra, al ser el país capitalista industrial más avanzado, sería el primero en

³ Las resoluciones y documentos de la AIT se citan a partir de la antología de los documentos más importantes de esta organización editada por Musto en 2014. [Nota del traductor. Al momento de realizar la traducción, no hay versión en castellano de la compilación de los documentos de la AIT editada por Marcello Musto. En adelante, se mantiene la referencia del autor al libro editado por Musto y se indica entre corchetes la fuente de la cual se retoman las traducciones al castellano de los documentos citados (Marx, 1974a:14)].

⁴ En una carta de noviembre de 1871, Marx explicó a su amigo Friedrich Bolte el significado histórico de la AIT: “la Internacional se fundó para remplazar las sectas socialistas o semisocialistas por una verdadera organización de lucha de la clase obrera. Los primitivos estatutos y el Mensaje Inaugural lo demuestran a primera vista” (“De Marx a Bolte, Londres, 23 de noviembre de 1871”, en Marx y Engels, 1973:260).

conocer una revolución proletaria. También creía que esa revolución emanciparía al pueblo irlandés de la opresión colonial británica. En una carta del 9 de abril de 1870 a Sigfrid Meyer (1840-1872) y August Vogt (1830-1883), dos comunistas alemanes y activistas de la AIT que vivían en Estados Unidos, Marx reafirmó la primera creencia, pero cambió decididamente de opinión en relación con Irlanda:

Inglaterra, como metrópoli del capital, como potencia que ha dominado hasta ahora el mercado mundial, es por ahora, para la revolución obrera, el más importante de los países, y además es el *único* país en que las condiciones materiales de esta revolución han alcanzado cierto punto de madurez. Por ello, acelerar la revolución social en Inglaterra es el objetivo más importante de la Asociación Internacional de Trabajadores. El único medio de acelerarla es lograr la independencia de Irlanda (Marx y Engels, 1973:239-240).

Preocupado por la capacidad de la burguesía inglesa de “dividir y vencer”, oponiendo a los trabajadores ingleses e irlandeses en Gran Bretaña, Marx creía ahora que la AIT tenía que hacer todos los esfuerzos para “despertar en la clase obrera inglesa la conciencia de que para ella la *emancipación nacional de Irlanda* no es cuestión de justicia abstracta o de simpatía humana, sino la condición primera de *su propia emancipación social*” (1973:240). En ese mismo año, Marx escribió una resolución sobre Irlanda para la AIT, en la que extrajo una famosa conclusión universal relevante para todas las formas de dominación imperial o colonial:

Irlanda es el único pretexto del que se vale el gobierno inglés para mantener un *gran ejército permanente*, al que, en caso de necesidad, como ha ocurrido ya, se lanza contra los obreros ingleses, después de que este ejército haya adquirido experiencia militar en Irlanda. Finalmente, en Inglaterra se repite ahora lo que se pudo observar en proporciones monstruosas en la Roma Antigua. Un pueblo que oprime a otro pueblo forja sus propias cadenas (Musto, 2014:250).⁵

La gran experiencia histórica de la revolución proletaria en la época de Marx fue, por supuesto, la Comuna de París de 1871, en la que los miembros de la AIT participaron activamente. Los escritos de Marx sobre la Comuna de París ilustran la forma en que desarrolló y enriqueció su concepción de la revolución: no a patir de argumentos teóricos abstractos, sino aprendiendo de la experiencia histórica concreta. Para él, como se puede deducir de *La Guerra civil en Francia* (así como de las ricas notas preparatorias

⁵ “Extracto de una comunicación confidencial”, en Marx (1974b:186-187).

de este documento), que escribió en nombre de la AIT, la Comuna de París fue nada menos que la primera manifestación concreta de la revolución proletaria que había definido en sus primeros escritos, el primer momento del gran proceso en el que el cambio de conciencia del pueblo coincide con el cambio de las condiciones sociales:

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla *par décret du peuple* [por decreto del pueblo]. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres (Marx, 1974c:237).

Este pasaje, como varios otros en la obra de Marx, contiene un elemento de fatalismo económico: la creencia de que la sociedad capitalista “tiende irresistiblemente” hacia el socialismo “por su propio desarrollo económico”.⁶ Pero el énfasis principal de la obra de Marx sobre la Comuna está en la capacidad emancipadora de la clase oprimida. La Comuna no fue ni una conspiración —como argumentaron la prensa reaccionaria y las autoridades policiales— ni un golpe de Estado. Fue “el pueblo actuando por sí mismo”.⁷ Y esto quedó claro desde su primer decreto de abolición del ejército permanente y su sustitución por el pueblo en armas.

Las autoridades instaladas por esta revolución democrática autoemancipadora no podían ser, en efecto, autoridades de tipo jacobino. Era, y no podía ser sino, un “gobierno de la clase obrera”, “un gobierno del pueblo por el pueblo”, “una reasunción por el pueblo para el pueblo de su propia vida social” (Marx, 1974c:236, 241; Marx, 1986:464). La Comuna fue también una *revolución contra el Estado*: en lugar de

⁶ Este “fatalismo” económico también aparece en otros escritos de Marx, por ejemplo en *El capital*. Un nuevo enfoque fue sugerido por la famosa sentencia de Rosa Luxemburg (1871-1919), socialismo o barbarie (*La crisis de la socialdemocracia*, 1915). Inspirado en las ideas de Luxemburgo, el marxista heterodoxo Lucien Goldmann (1913-1970) argumentó, en su libro *The Hidden God: A Study of Tragic Vision in the Pensées of Pascal and the Tragedies of Racine* (1955) (2016) que el triunfo de una revolución socialista no puede demostrarse científicamente, sino que se basa en una *apuesta* por nuestra acción colectiva. El argumento de Goldmann fue retomado posteriormente por Daniel Bensaïd (1946-2010), en su libro *Le Pari Melancolique* (1997).

⁷ El corresponsal en París del diario británico *Daily News* no encontró ningún líder que ejerciera la “autoridad suprema”. Al respecto, Marx comenta irónicamente que “esto sorprende a los burgueses, que quieren ídolos políticos y ‘grandes hombres’” (Marx, 1986:464, 478) [NdT. El autor cita los borradores y materiales preparatorios usados por Marx para la redacción de *La guerra civil en Francia*. Traducimos directamente de la versión usada por el autor].

intentar conquistar la maquinaria estatal –una estructura adecuada para la dominación parasitaria *sobre* el pueblo– la revolución parisina la destrozó y la sustituyó por instituciones adecuadas al autogobierno popular.⁸

En septiembre de 1871, en la Conferencia de Londres de la AIT, Marx y Engels propusieron una resolución “Sobre la acción política de la clase obrera”, que definía al partido revolucionario como una forma de autoorganización proletaria: la “constitución de la clase obrera en partido político es indispensable para el triunfo de la revolución social y de su meta última: la *abolición de las clases*”. El mismo documento también subrayaba que “el gran deber de la clase obrera es conquistar el poder político” (Musto, 2014:285; Marx y Engels, 1988:129).⁹

EL ÚLTIMO MARX: ALEMANIA Y RUSIA, CENTRO Y PERIFERIA

La cuestión de la autoemancipación revolucionaria se convirtió en un principio central de las luchas de Marx (y Engels) durante la década de 1870 dentro del nuevo Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD, por sus siglas en alemán), que ellos ayudaron a fundar. Redactaron varios documentos para combatir las tendencias no revolucionarias entre sus dirigentes: primero los lassalleanos, que abogaban por el cambio social “desde

⁸ Esto se desprende claramente de la conocida carta de Marx a Louis Kugelmann (1829-1902) del 12 de abril de 1871, después de las primeras semanas del proceso revolucionario parisino, donde hablaba de la destrucción del “aparato burocrático-militar” como “condición previa para toda verdadera revolución popular en el continente” (“De Marx a Kugelmann, Londres, 12 de abril de 1871”, en Marx y Engels, 1973:255).

⁹ El argumento central de John Holloway (1947-), en su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy* (2002), se basa en la distinción entre “poder-para”, la capacidad de hacer cosas, y “poder-sobre”, la capacidad de ordenar a otros que hagan lo que uno desea que hagan. Las revoluciones, según Holloway, deben promover el primero y arrancar de raíz el segundo. Pero, ¿puede haber alguna forma de vida y acción colectiva de los seres humanos sin alguna forma de “poder-sobre”? En uno de los pocos pasajes donde Holloway mencionó algunos ejemplos históricos positivos de autoemancipación revolucionaria, se refirió a la Comuna de París, tal como fue analizada por Marx. Sin embargo, en la Comuna de París, según Marx, surgió una nueva forma de poder que ya no era un Estado en el sentido habitual, pero seguía siendo una combinación de democracia directa y representativa que tenía poder sobre la población mediante sus decretos y decisiones. Este poder, el poder democrático de la Comuna de París, fue literalmente “tomado”, empezando por el acto de tomar los instrumentos materiales del poder, los cañones de la Guardia Nacional.

arriba”, por medio del Estado —e incluso, para Ferdinand Lassalle (1825-1864), en alianza con Bismarck!— y, más tarde, los revisionistas.

Esta última lucha es menos conocida, pero es una poderosa ilustración de la continuidad de su perspectiva revolucionaria. En 1879, tres intelectuales del SPD —Karl Höchberg (1853-1885), Karl August Schramm (1830-1905) y Eduard Bernstein (1850-1932)— escribieron un artículo en el *Anuario de Ciencias Sociales y Política Social (Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik)* en el que pedían una “revisión” de la política del partido: proponían abandonar su “carácter estrechamente obrero” y su excesiva tendencia revolucionaria. El artículo también planteaba que el SPD debía poner más énfasis en ganarse a “los llamados estratos superiores de la sociedad”, así como confiar sus propuestas al Reichstag a personas que tuvieran tiempo para estudiar, lo que no era el caso de un “simple trabajador”.

Irritados por esta empresa “revisionista”, Marx y Engels enviaron una carta circular a los dirigentes del SPD, el llamado grupo de Leipzig —Wilhelm Liebknecht (1826-1900), August Bebel (1840-1913) y Wilhelm Bracke (1842-1880)—, quienes se consideraban seguidores de Marx y Engels, pidiéndoles que se desvincularan de la línea reformista planteada en el *Anuario de Ciencias Sociales y Política Social*. La carta hacía hincapié en el principio de autoemancipación del proletariado:

En cuanto a nosotros, teniendo en cuenta todo nuestro pasado, sólo nos queda un camino. Durante casi cuarenta años hemos insistido en que la lucha de clases es la fuerza motriz esencial de la historia, y en particular que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado es la máxima palanca de la revolución social moderna; por ello nos es imposible colaborar con gente que desea desterrar del movimiento esta lucha de clases. Cuando se constituyó la Internacional formulamos expresamente el grito de combate: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma. Por ello no podemos colaborar con personas que dicen que los obreros son demasiado incultos para emanciparse por su cuenta y que deben ser liberados por los filántropos burgueses y pequeñoburgueses. Si el nuevo órgano del partido adopta una línea que corresponde a las opiniones de esos caballeros, si es burgués y no proletario, entonces no podríamos hacer otra cosa, por mucho que lo sintiéramos, que declarar públicamente nuestra oposición al mismo y terminar con la solidaridad con que hasta ahora hemos representado al partido alemán en el extranjero.¹⁰

¹⁰ “De Marx y Engels a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros [Londres, 17-18 de septiembre de 1879 (borrador)]”, en Marx y Engels (1973:306-307). Este mensaje es una notable reafirmación de la autoemancipación revolucionaria del proletariado, un tema que recorre su correspondencia desde la década de 1840 en adelante. La referencia a “casi 40 años” es un poco exagerada, ya que sólo a partir de 1844

Como la mayoría de los socialistas alemanes, Marx creyó que la revolución proletaria comenzaría en los países capitalistas industriales más avanzados de Europa Occidental; no obstante, en sus últimos escritos, consideró la posibilidad de que pudiera comenzar en la “atrasada” Rusia zarista. Así, en una carta de 1881 a la revolucionaria rusa Vera Zasulich (1849-1919), afirmaba que la comuna rural rusa (*obschina*) era el punto de apoyo estratégico de la regeneración social en Rusia (Marx, 2015:204). En los borradores de la carta fue más explícito y sugirió que, bajo ciertas condiciones políticas –una revolución en Rusia– la comuna rural rusa podía proporcionar la base para una transición al socialismo (Marx, 1974d:161-170). La misma idea fue propuesta, esta vez por Marx y Engels, en su prefacio a la reimpresión de la traducción rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito en 1882, justo un año antes de la muerte de Marx. Creían que si una revolución rusa daba la señal para una revolución proletaria en Occidente, la propiedad comunal de la tierra que prevalecía en Rusia podría constituir el punto de partida para un curso de desarrollo comunista (Marx y Engels, 1974c:102).¹¹

Por supuesto, Marx fue demasiado optimista sobre el papel de la comunidad rural rusa, pero una vez más un error de predicción contenía una poderosa intuición: que la revolución podía estallar en un país “atrasado”, en la periferia del sistema, y no en su corazón; que tal revolución podría comenzar la transición al socialismo; y que el éxito de esta monumental empresa dependería en gran medida de la extensión de la revolución hacia Occidente. Desde el punto de vista metodológico, los últimos escritos de Marx sobre una eventual revolución en Rusia evitan cualquier tipo de determinismo económico. Las condiciones socioeconómicas son obviamente esenciales para definir el campo de lo posible, pero la decisión última de la historia depende de factores políticos autónomos: las revoluciones en Rusia y en Europa.

esta idea se convirtió en la estrella que guiaba su pensamiento y acción política. Como es sabido, Bebel y sus amigos no se unieron a los revisionistas, pero después de su muerte y particularmente a partir de 1914, la tendencia antirrevolucionaria se volvió hegemónica en el SPD y en la mayoría de los partidos de la Segunda Internacional. La carta circular, uno de los documentos olvidados del marxismo, no se publicó sino hasta 1931 en una revista comunista y es un resumen notablemente poderoso de su perspectiva revolucionaria, pasada y presente.

¹¹ Sobre Marx y Rusia, véase el ensayo de Teodor Shanin (1990). Para un análisis general del interés de Marx por el “mundo no occidental”, véase Kevin B. Anderson (2010).

DESPUÉS DE MARX

Durante el siglo XX se desarrollaron muchas contribuciones importantes a la teoría marxista de la revolución. Algunos ejemplos son la teoría del partido revolucionario de vanguardia de Vladimir Lenin (1870-1924), la teoría de la revolución permanente de León Trotsky (1879-1940), las contribuciones de Rosa Luxemburgo sobre el socialismo y las libertades democráticas, la estrategia de lucha por la hegemonía de Antonio Gramsci y la concepción de José Carlos Mariátegui (1894-1930) de una revolución socialista enraizada en las tradiciones indígenas comunitarias. Una renovación de la teoría marxista de la revolución en el siglo XXI debe lidiar con estas contribuciones, teniendo en cuenta sus aportes y sus limitaciones.

¿Las revoluciones pertenecen al pasado? El discurso dominante tras la caída del Muro de Berlín (1989) ha sido la celebración del “fin de la historia” y, sobre todo, de la historia revolucionaria. Sin embargo, nuevas revoluciones en el siglo XXI no sólo son posibles, sino probables. ¿Y cómo se podría superar la dictadura mundial de los mercados financieros sin desafiar al propio sistema capitalista mediante un proceso revolucionario? Por supuesto, las revoluciones del futuro serán muy diferentes de las pasadas, y serán totalmente imprevisibles. Pero, ¿no es esta invención de nuevas formas una de las características por excelencia de las revoluciones?

La teoría de la revolución de Marx –la filosofía de la praxis y, dialécticamente vinculada con ésta, la idea de la autoemancipación de los trabajadores– sigue siendo una brújula preciosa. No sólo no ha quedado obsoleta por la caída del Muro de Berlín, sino que, por el contrario, nos proporciona una clave decisiva para entender por qué el intento de “construir el socialismo” sin el pueblo (o contra él), de “emancipar” a los trabajadores desde arriba mediante un poder burocrático autoritario, estaba inevitablemente condenado al fracaso. Para Marx, la democracia revolucionaria –el equivalente político de la autoemancipación– no era una dimensión opcional, sino la naturaleza intrínseca del socialismo, como la libre asociación de individuos que toman en sus manos la producción de su vida en común. Lejos de “refutar” la teoría marxiana de la revolución, la experiencia histórica de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) estalinista es su más asombrosa confirmación.

Esto no significa que uno pueda encontrar en Marx las respuestas a todos nuestros problemas, o que no haya nada que reconsiderar o criticar en el complejo conjunto de sus puntos de vista económicos o políticos. Muchas cuestiones decisivas, como la destrucción del medio ambiente por el “desarrollo de las fuerzas productivas”, otras formas de opresión (por ejemplo, sobre las mujeres y las minorías étnicas), la importancia de las normas éticas universales y los derechos humanos, o la lucha de

las naciones y culturas no europeas contra la dominación occidental, están ausentes o fueron tratadas de forma inadecuada en sus escritos.

Por eso, el legado de Marx debe ser enriquecido con la experiencia de las revoluciones del siglo XX –tanto en sus lecciones positivas como en las negativas–, desde la Revolución de Octubre de 1917 hasta las grandes revueltas sociales en Europa, Asia o América Latina: España, China, Vietnam, Cuba o Nicaragua. Por último, pero no por ello menos importante, debe ser revisado y corregido a partir de las aportaciones de otras tradiciones socialistas (utópica, anarquista, comunitaria), así como de los nuevos movimientos sociales que se han desarrollado en las últimas décadas, como el de la liberación negra, el indigenismo, el feminismo o el ecologismo. Precisamente porque no es un sistema dogmático y cerrado, sino una tradición abierta y crítica de teoría y praxis revolucionaria, el marxismo es capaz de crecer y desarrollarse, enfrentándose constantemente a nuevas cuestiones y nuevos retos; aprendiendo de otras experiencias y otros movimientos emancipatorios.

La crisis ecológica del siglo XXI es quizá el mayor desafío para el marxismo en la actualidad, pues exige una revisión de su concepto de revolución.¹² En los escritos de Marx y Engels existe una tensión entre la comprensión del carácter ambientalmente destructivo del “progreso” capitalista y la aceptación de las fuerzas productivas creadas por el capitalismo como base económica de la nueva sociedad.

La revolución ecológica/socialista requiere una ruptura radical con todo el paradigma civilizatorio capitalista, con sus formas de producción y consumo ecológicamente destructivas, y con su modo de vida insostenible. En otras palabras, el concepto marxista tradicional de revolución es indispensable, pero tiene que ser más profundo, radicalizado y ampliado. Debe incluir no sólo un cambio radical en las relaciones de producción (propiedad privada), sino también en la estructura de las fuerzas productivas, en las fuentes de energía (por ejemplo, solar en lugar de fósil) y en los patrones de consumo derrochadores. La revolución significa ahora el establecimiento de un nuevo modelo civilizatorio, más allá de la civilización industrial capitalista occidental que está llevando a la humanidad a una catástrofe sin precedentes: el calentamiento global.

En una nota preparatoria para sus tesis “Sobre el concepto de historia” (1940), Walter Benjamin (1890-1940) sugirió una nueva imagen para el concepto de revolución, diferente de la ofrecida en algunos escritos de Marx:

¹² Véase la obra de uno de los ecomarxistas más importantes de la actualidad, John Bellamy Foster (2009).

Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata de algo por completo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren (2005:37).¹³

Esto es muy relevante para el siglo XXI. Todos somos pasajeros de un tren suicida, el tren del capitalismo moderno, que corre a una velocidad cada vez mayor hacia un abismo: el cambio climático. Sólo una revolución puede evitarlo antes de que sea demasiado tarde.

REFERENCIAS

- Anderson, Kevin B. (2010). *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity and Non-Western Societies*. Chicago: University of Chicago Press.
- Benjamin, Walter (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Contrahistorias.
- Bensaïd, Daniel (1997). *Le Pari Melancolique*. Paris: Fayard.
- Claudin, Fernando (1975). *Marx, Engels y la Revolución de 1848*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Draper, Hal (1977). *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. I: *State and Bureaucracy*. Nueva York: Monthly Review Press.
- (1978). *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. II: *Politics of Social Classes*. Nueva York: Monthly Review Press.
- (1990). *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. IV: *Critique of Other Socialisms*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Draper, Hal y Stephen F. Diamond (1986). *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. III: *The 'Dictatorship of the Proletariat'*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Draper, Hal y Ernest Haberkern (2005). *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. V: *War & Revolution*. Alameda and Nueva York. Center for Socialist History y Monthly Review Press.
- Engels, Federico (1974). "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo III. Moscú: Progreso, pp. 353-395.
- Foster, John Bellamy (2009). *The Ecological Revolution: Making Peace with the Planet*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Goldmann, Lucien (2016). *The Hidden God: A Study of Tragic Vision in the Pensées of Pascal and the Tragedies of Racine (1955)*. Londres: Verso.
- Holloway, John (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder: el significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Benemerita Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta.

¹³ Esta nota no aparece en la versión final del documento. Las tesis de Benjamin "Sobre el concepto de historia" son un intento radical de emancipar el concepto marxista de revolución de cualquier vínculo con la ideología positivista del "progreso".

- Löwy, Michael (2020). "Revolution", en Marcello Musto (ed.), *The Marx Revival. Key Concepts and New Interpretations*. Cambridge: Cambridge University Press (traducción: Cristóbal Reyes Núñez).
- Marx, Carlos (1974a). "Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo II. Moscú: Progreso, pp. 14-17.
- (1974b). "Extracto de una comunicación confidencial", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo II. Moscú: Progreso, pp. 186-187.
- (1974c). "La guerra civil en Francia", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo II. Moscú: Progreso, pp. 188-259.
- (1974d). "Proyecto de respuesta a la carta de V.I. Zasúlich", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo III. Moscú: Progreso, pp. 161-170.
- (1982a). "En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción", *Escritos de juventud* (traducción de Wenceslao Roces). México: Fondo de Cultura Económica, pp. 491-502.
- (1982b). "Glosas críticas al artículo 'El rey de Prusia y la reforma social. Por un Prusiano'", *Escritos de juventud* (traducción de Wenceslao Roces). México: Fondo de Cultura Económica, pp. 505-521.
- Marx, Karl (1986). *The Civil War in France*. Address of the General Council of the International Working Men's Association. MECW, vol. 22, pp. 307-59.
- (2011). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI Editores.
- (2013). "Tesis sobre Feuerbach", en Bolívar Echeverría, *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*. México: Ítaca, pp. 109-121.
- (2015). "Karl Marx a Vera Zasúlich", en *Escritos sobre la Comunidad Ancestral*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, pp. 203-204.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1960). *Revolución en España*. Barcelona: Ariel.
- Marx, Carlos y Federico Engels (1973). *Correspondencia*. Buenos Aires: Cartago.
- (1974a). "Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (capítulo I de *La ideología alemana*)", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso, pp. 11-81.
- (1974b). "Manifiesto del Partido Comunista", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso, pp. 99-140.
- (1974c). "Prefacio a la segunda edición rusa de 1882", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso, pp. 101-102.
- (1974d). "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas (marzo de 1850)", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso, pp. 179-189.
- (1974e). "Las pretendidas escisiones en la Internacional", en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo II. Moscú: Progreso, pp. 262-302.
- (1988). "Acuerdos de la conferencia de delegados de la AIT celebrada en Londres del 17 al 23 de septiembre de 1871", en Marx, Carlos y Federico Engels, *La internacional. Documentos, artículos y cartas*, colección Obras Fundamentales de Marx y Engels, núm. 17. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 126-133.

- Musto, Marcello (ed.) (2014). *Workers Unite! The International 150 Years Later*. Nueva York: Bloomsbury.
- Musto Marcello (ed.) (2020). *The Marx Revival. Key Concepts and New Interpretations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shanin, Teodor (1990). *El Marx tardío y la vía rusa: Marx y la periferia del capitalismo*. Madrid: Revolución.



